

ASOMBRO

Francisco Cerro Chaves,
obispo de Coria-Cáceres

Asembro



Ciudad Nueva

© Francisco Cerro Chaves

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño de cubierta:

Antonio Santos

© 2009, Editorial Ciudad Nueva

José Picón, 28 - 28028 Madrid

www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-161-0

Depósito legal: M-

Imprime: Publidisa

A Reyes, que joven nos dejó
para vivir en el Asombro de Dios,
con mi agradecimiento.

A las tres delegaciones
de Pastoral Juvenil de la provincia
eclesiástica de Mérida-Badajoz,
como un sencillo deseo de saber
que tenemos futuro
en la medida en que tenemos esperanza
en los jóvenes, porque en ellos
está el futuro.

ASOMBRO DE VIVIR

El asombro es siempre apostar por vivir todo lo sencillo. La gente de los pueblos tiene la sabiduría de gozar de todo lo humano y de todo lo que no tiene «fecha de caducidad». El corazón del hombre de nuestro tiempo se ha quedado en lo efímero, en lo rápido, en las sensaciones, en los fuegos artificiales, en el usar y tirar. Apostar por el asombro de vivir es saber que hay cosas que no se acaban, que, como el buen vino, conforme pasa el tiempo son mejores, se enriquecen, saben mejor. El asombro de vivir lo tienen los niños, los sabios y los santos. Disfrutan de todo porque todo les parece que, vivido de veras, tiene el sabor de un gozo que nunca se acaba.

SENCILLAMENTE ASOMBRO

Los que se asombran son los niños, los pobres, los contemplativos. Asombrarse es estrenar cada día la verdadera novedad de todo. Todo es nuevo cuando lo miramos con amor. Es verdad que sin amor nada es nuevo, nada nos asombra, pero cuando al amor lo dejamos penetrar en el corazón, todo estalla en novedad. Brilla en nuestro corazón la alegría de un amor que se hace contemplativo. Las parábolas que recitaba Jesús tenían la novedad de quien enseña desde el amor. La novedad era el amor con que lo expresaba todo. Jesús no transmitía nada que no fuese realizado desde el amor. Era el amor el que envolvía todo el lenguaje de Jesús. La gente no se cansaba de escucharlo. Todo en sus labios tenía la novedad que provoca el asombro. Se asombraban porque lo que decía lo vivía. No había nada en sus labios y en su co-

razón que no nos asombrara desde las cosas sencillas de la vida.

Me asombro del poco asombro que contemplo hoy en mucha gente. Parece que lo saben todo. La vida perdió novedad, y por eso se buscan estimulantes, y a veces, peligrosamente nuevas sensaciones para terminar por el suelo. Sólo el asombro nos abre al Misterio. El Misterio al Amor de Dios y el Amor de Dios como un misterio que ofrece la felicidad que busca el hombre de siempre. El problema es que no encontramos la alegría y la paz porque no la buscamos donde está. Nos hemos empeñado en vivir como si Dios no existiera, y el drama es que la vida ha perdido su encanto y su belleza. Es necesario recuperar el asombro para abrirse al Misterio y descubrir el Amor de Dios, que da sentido al misterio de nuestra vida.